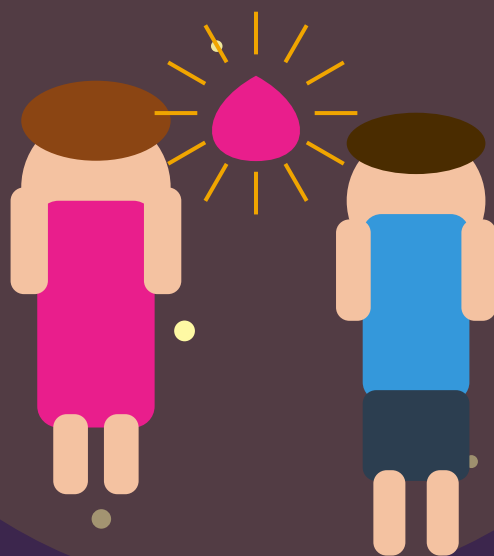


Alanis y Derick

La luz que llegó a iluminar la oscuridad



Una historia de amor, aventura y familia

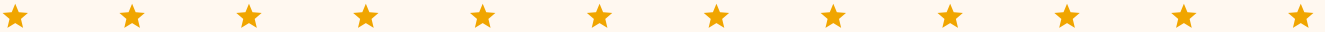
~ Dedicatoria ~

*A cada papá que, en medio de su noche más oscura,
ha recibido la luz de un hijo.*

A Alanis, que llegó como el amanecer después de la tormenta.

A Derick, que llegó a completar el arcoíris.

*Y a todos los hermanos del mundo
que son el mayor regalo que la vida puede dar.*



❖ Contenido ❖

Prólogo: El corazón roto del papá

Capítulo 1: Una estrella cae del cielo

Capítulo 2: Los primeros días de Alanis

Capítulo 3: El jardín de las mariposas

Capítulo 4: El diario secreto de papá

Capítulo 5: La fiesta del primer cumpleaños

Capítulo 6: Una sorpresa que crece

Capítulo 7: Bienvenido, Derick

Capítulo 8: Dos soles en la familia

Capítulo 9: La gran aventura del parque

Capítulo 10: La noche de las estrellas

Capítulo 11: El castillo de almohadas

Capítulo 12: La tormenta y el arcoíris

Capítulo 13: El árbol de los recuerdos

Capítulo 14: La carta para el tío

Capítulo 15: El festival de las familias

Epílogo: Para siempre juntos



Prólogo — El corazón roto del papá

Hay dolores que no tienen palabras. Dolores que se instalan en el pecho como una piedra enorme y hacen que respirar cueste trabajo. Rodrigo conocía ese dolor.

Rodrigo era un hombre de manos grandes y corazón más grande aún. Había crecido al lado de su hermano mayor, Mateo, quien era mucho más que un hermano: era su guía, su cómplice, su héroe de carne y hueso. Mateo era quien le enseñó a montar en bicicleta sin soltarle el asiento, quien le limpió las lágrimas cuando fracasó en el primer trabajo, quien brindó con él el día que conoció al amor de su vida.

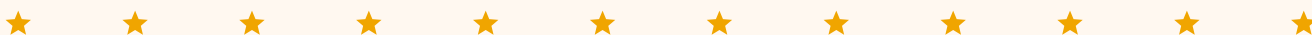
Pero la vida, a veces, es cruel de maneras incomprensibles. Y un martes cualquiera, en un hospital con paredes blancas y olor a antiséptico, Mateo se fue.

Rodrigo sintió que la mitad de él mismo se había ido también. Los días pasaban lentos, grises, silenciosos. La casa que antes era ruidosa y llena de visitas se convirtió en un lugar extraño donde cada rincón guardaba la sombra de su hermano.

"¿Cómo se vive con un hueco en el corazón?" —se preguntaba Rodrigo cada noche, mirando las estrellas desde la ventana del cuarto.

Su esposa, Valeria, lo miraba con ternura y preocupación. Ella también llevaba en el vientre una noticia. Una noticia que todavía no sabían cómo iba a cambiar todo.

Porque hay algo que Rodrigo aún no sabía: que en el universo existe una magia muy especial. La magia de los bebés que llegan justo cuando los corazones más los necesitan.



1 Una estrella cae del cielo

Era un jueves por la madrugada cuando el teléfono de Rodrigo sonó con un mensaje de Valeria: *"Ya es hora. Vamos al hospital."*

En el coche, mientras las calles vacías desfilaban a toda velocidad, Rodrigo sintió algo extraño. Por primera vez en meses, el corazón le latía distinto. No de dolor. De algo que no sabía nombrar todavía.

El hospital olía igual que siempre: a limpio y a miedo. Pero esa noche también olía a algo nuevo. A posibilidad.

A las 3:47 de la madrugada, cuando la luna era un faro brillante en el cielo, Alanis llegó al mundo.

Rodrigo la vio antes de que le pusieran nombre. Era tan pequeña que cabía en sus manos enormes. Tenía los ojos cerrados, los puñitos apretados, y un mechoncito de cabello oscuro que le hacía un pequeño torbellino en la coronilla.

Y entonces abrió los ojos.

Eran oscuros y enormes, como dos lunas llenas. Y miraron directo a los ojos de Rodrigo con una fijeza que no debería ser posible en alguien tan pequeña.

Fue en ese instante exacto que algo dentro de Rodrigo —aquella piedra enorme, aquel hueco— comenzó a moverse. No desapareció. El dolor por Mateo nunca desaparecería. Pero algo más llegó a vivir junto a él: una luz.

"Hola, Alanis" —susurró Rodrigo, con la voz rota y los ojos brillantes—. "No sé si lo sabes, pero llegaste justo cuando más te necesitaba."

Valeria, exhausta y radiante, los miró desde la cama y sonrió. Ella sí lo sabía.
Siempre lo había sabido.



2

Los primeros días de Alanis

Llevar a Alanis a casa fue como llevar el sol en brazos.

La primera semana, Rodrigo apenas durmió. No era solo porque Alanis llorara de noche —que lo hacía, con una fuerza impresionante para ser tan pequeña— sino porque él quería estar despierto. Quería ver cada minuto de aquella vida nueva.

Aprendió a cambiar pañales con torpeza heroica. Aprendió que una canción de cuna tarareada bajito valía más que cualquier melodía del mundo. Aprendió que cuando Alanis fruncía el ceño dormida, era la cosa más tierna que jamás había visto.

«Papá» fue la primera palabra que Alanis intentó decir. Aunque sonó como «Papá-pá-bá», Rodrigo lo oyó perfectamente.

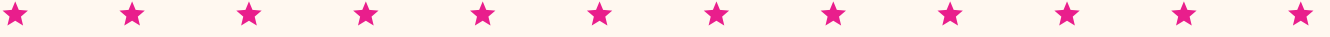
Los vecinos decían que nunca habían visto a un papá tan encima de una bebé. Rodrigo la llevaba a todas partes: al supermercado, a la ferretería, al parque. Donde fuera. Le contaba cosas mientras caminaban.

"Mira ese árbol, Alanis. Tu tío Mateo y yo nos subíamos a uno igual cuando éramos chicos. Nos caímos dos veces. Pero volvimos a subir." —le decía, señalando un roble enorme.

Alanis lo miraba con sus ojazos oscuros y balbuceaba, como si entendiera cada palabra.

Y quizás lo hacía. Los bebés entienden más de lo que creemos. No las palabras, sino el amor que hay detrás de ellas.

Por las noches, cuando Rodrigo la acostaba después de la última toma, se quedaba mirándola dormir. Y en esos momentos, el silencio ya no era vacío. Estaba lleno.



3

El jardín de las mariposas

Cuando Alanis cumplió seis meses, Rodrigo decidió hacer algo importante: plantar un jardín.

No era un jardín cualquiera. Iba a ser el Jardín de las Mariposas. Recordó que Mateo siempre decía que los jardines eran cartas para el futuro: *"Plantas algo hoy y lo disfruta alguien que todavía no existe."*

Así que Rodrigo, con Alanis en su portabebés y una pala en la mano, empezó a cavar. Plantó lavanda, porque a Valeria le encantaba. Plantó girasoles, porque eran alegres como Alanis. Y plantó una rosa blanca por Mateo.

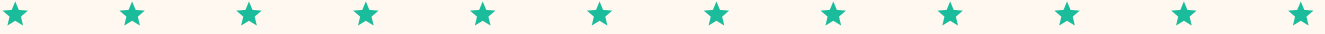
Alanis estiraba sus manitas hacia la tierra y reía cuando las flores se movían con el viento. Era su primera conversación con la naturaleza.

Un día llegaron las mariposas. Primero una, anaranjada y negra. Luego otra, azul como el cielo. Se posaron en las flores y Alanis las siguió con los ojos sin parpadear, absolutamente hipnotizada.

"¿Las ves, Alanis? Dicen que las mariposas son mensajeros. A lo mejor tu tío Mateo nos manda saludos desde las estrellas." —susurró Rodrigo.

Como si la hubiera entendido, la mariposa anaranjada voló hasta el portabebés y se posó por un instante en la pequeña mano de Alanis. La niña rió a carcajadas —esa risa de bebé que suena como campanitas— y Rodrigo sintió que el corazón le crecía tres tallas.

El jardín se convirtió en su lugar favorito. Cada tarde, mientras el sol bajaba pintando el cielo de naranja y rosa, papá e hija pasaban allí su tiempo. Rodrigo le enseñaba los nombres de las flores. Alanis los repetía a su manera, inventando palabras nuevas que solo ellos dos entendían.



4

El diario secreto de papá

Rodrigo tenía un cuaderno azul que escondía en el cajón de la mesita de noche.

Empezó a escribir en él la noche que Alanis nació. No era un diario de esos elegantes con candado. Era un cuaderno normal, de espiral, con las tapas algo arrugadas. Pero adentro guardaba un tesoro.

Guardaba a Alanis.

Querida Alanis: hoy cumplés dos meses. Hoy me has sonreído por primera vez. No sé si fue un gas, como dice la abuela. Yo digo que fue una sonrisa de verdad. Y punto.

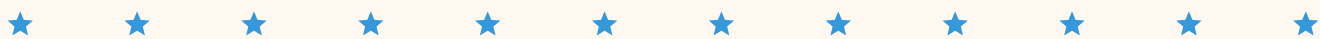
Querida Alanis: hoy has intentado gatear. Te has caído de bruces y has hecho un puchero dramático. Luego lo has vuelto a intentar. Eres la persona más valiente que conozco.

En ese cuaderno, Rodrigo también le escribía a Mateo. Le contaba cómo crecía su hija. Le describía sus gestos, sus risas, sus berrinches épicos.

Mateo: ojalá pudieras verla. Tiene tu mismo gesto cuando algo no le gusta: ese ceño fruncido tan particular. Me parece que se la contagiaste desde arriba.

El diario se fue llenando de páginas y de vida. Y Rodrigo descubrió algo importante: el dolor y la alegría no son opuestos. Pueden vivir juntos. Pueden bailar juntos. Pueden crecer juntos.

Alanis había llegado para enseñarle eso.



5

La fiesta del primer cumpleaños

Un año pasó volando. Así de rápido vuela el tiempo cuando hay alguien que lo llena.

Para el cumpleaños de Alanis, Rodrigo y Valeria decidieron hacer una fiesta pequeña pero llena de magia. Decoraron el jardín de las mariposas con luces de colores. Colgaron banderines morados y dorados. Pusieron flores por todas partes.

Vinieron los abuelos —los cuatro, competidísimos por quien mimaba más a Alanis. Vinieron los tíos, los primos, los vecinos y la señora del pan de la esquina que ya quería a Alanis como a una nieta.

Y Alanis, con su vestido rosa con estrellitas doradas y su pequeña corona de flores, presidió la fiesta como la reina que era.

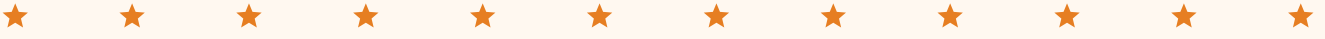
Cuando llegó el momento de la tarta —una nube blanca con mariposas de azúcar encima— todos cantaron las mañanitas. Alanis miraba la llama de la velita con los ojos muy abiertos, fascinada.

"Pide un deseo, mi amor" —le dijo Rodrigo al oído.

Alanis lo miró un segundo, luego miró la velita, y sopló con todas sus fuerzas. El fuego se apagó de un golpe. Todos aplaudieron.

Rodrigo se preguntó qué habría pedido una niña de un año. Quizás nada. Quizás todo. Porque Alanis ya tenía lo más importante: una familia que la quería hasta el infinito.

Esa noche, cuando todos se fueron y la casa volvió a estar en calma, Rodrigo escribió en su cuaderno azul: *Hoy, Alanis, cumples un año de habernos salvado.*



6

Una sorpresa que crece

Cuando Alanis cumplió catorce meses, Valeria llegó a la cocina con una sonrisa que Rodrigo conocía bien. Era esa sonrisa que no cabe en la cara.

Traía en la mano algo pequeño. Una prueba de embarazo con dos rayitas.

"¿Alanis va a tener un hermanito?" —preguntó Rodrigo, con los ojos brillando.

"O hermanita" —dijo Valeria sonriendo. "Pero yo creo que es niño."

Alanis, que estaba en su trona con papilla por toda la cara, los miró a los dos y dijo su palabra favorita de ese mes: *"¡Tá!"* Que podía significar todo.

En los meses que siguieron, la barriga de Valeria fue creciendo y Alanis fue descubriéndola con curiosidad infinita. Le ponía la cabeza encima para escuchar. Le daba besos. Le hablaba en su idioma misterioso de palabras inventadas.

"Creo que ya se conocen" —dijo Valeria una tarde, sintiendo una patadita justo cuando Alanis le estaba hablando a la barriga.

Rodrigo miraba esa escena y sentía algo que tardó en identificar. Era felicidad. Felicidad pura, sin mezcla, sin culpa. El tipo de felicidad que se permite a sí misma existir sin pedir perdón.

Mateo hubiera estado feliz también. Rodrigo lo sabía.



Derick llegó un viernes por la mañana, cuando el sol apenas empezaba a calentar.

Fue más rápido que el nacimiento de Alanis. Como si Derick tuviera ya muy claro a dónde quería ir y no quisiera hacer esperar a nadie.

Era enorme comparado con Alanis recién nacida. Tenía las mejillas redondas, los puños grandes, y el cabello claro que le daba un aspecto de pequeño explorador recién llegado de una gran aventura.

Cuando Rodrigo lo tuvo en brazos, cerró los ojos un momento. Luego los abrió. Derick lo miraba con esa seriedad de los recién nacidos que parece antigua y sabia.

"Bienvenido, Derick" —dijo Rodrigo, con la misma voz rota con la que una vez le habló a Alanis—. "Esta familia ya te estaba esperando."

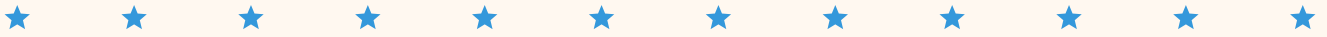
El momento más importante llegó cuando Alanis, con sus veintidós meses y su andar seguro de quien ya es dueña de todo, entró al cuarto del hospital.

La enfermera puso a Derick con mucho cuidado en los brazos de Rodrigo, y Rodrigo se arrodilló para que Alanis pudiera verlo bien.

Alanis lo observó con sus ojos oscuros y serios. Luego, muy despacio, acercó un dedo y tocó la mejilla de su hermano.

"Mío" —dijo Alanis. Y era la verdad más grande que se había dicho en ese hospital.

Rodrigo y Valeria se miraron por encima de sus hijos. Y sin decir una palabra, dijeron todo.



Con dos hijos, la casa se convirtió en algo completamente diferente.

Antes, cuando solo estaba Alanis, había una música en casa. Ahora había una orquesta. Ruidosa, impredecible, maravillosa.

Alanis asumió el papel de hermana mayor con una seriedad impresionante. Le llevaba el chupete a Derick cuando lloraba. Le enseñaba sus juguetes —aunque a veces se los quitaba también, porque eso es lo que hacen los hermanos mayores. Le cantaba canciones inventadas en su idioma especial.

Derick la miraba con adoración absoluta. Para él, Alanis era lo más fascinante del universo.

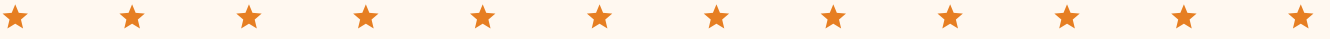
Rodrigo observaba a sus dos hijos y algo dentro de él terminaba de sanar. No de olvidar, nunca de olvidar, sino de sanar. De aprender que se puede amar a los que ya no están y a los que están al mismo tiempo, sin que un amor le quite espacio al otro.

Por las mañanas, el desayuno era un caos delicioso. Alanis pedía su cereal con leche fría —nunca caliente, jamás— y Derick descubría cada día algún alimento nuevo con la expresión de quien acaba de encontrar un tesoro.

"¡Dewick no puede comer eso, papá!" —protestaba Alanis cuando Rodrigo le acercaba algo a Derick. Ella decidía qué era seguro y qué no. Era su trabajo.

Y así, entre cucharas de papilla, risa de madrugada y canciones de cuna, los cuatro fueron construyendo su mundo. Un mundo ruidoso y tierno, imperfecto y

perfecto a la vez.



El verano llegó con calor de los buenos y Rodrigo tomó una decisión: aventura total.

El parque natural de las afueras de la ciudad tenía un lago azul, un bosque de pinos y un sendero que se llamaba, curiosamente, El Camino de las Estrellas. Rodrigo lo vio en el mapa y no necesitó pensar más.

Prepararon la mochila con entusiasmo: bocadillos, zumo, protector solar, tiritas por si las moscas, y el cuaderno azul de Rodrigo, porque había que apuntar todo.

Alanis llegó a la salida con una mochila rosa casi tan grande como ella, llena de cosas que había metido ella sola: tres muñecos, un libro de colorear, una linterna que no tenía pilas, y una colección de piedras que le parecían especiales.

"¿Necesitas todas esas piedras para ir al parque?" —le preguntó Rodrigo.

"Sí" —respondió Alanis, con la contundencia de alguien que ha pensado mucho el asunto.

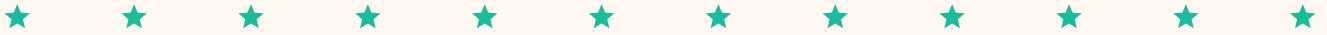
No había más que discutir.

En el parque, Derick descubrió los pájaros. Concretamente, que los pájaros existen y que son una maravilla que nadie le había contado. Señalaba al cielo con su dedo gordo y exclamaba algo que sonaba como *"¡pah! ¡pah!"*

Alanis lo tomó de la mano cuando el sendero se puso estrecho. Nadie se lo pidió. Lo hizo sola, con la naturalidad de quien sabe que es su responsabilidad.

A mitad del camino encontraron un arroyo. Rodrigo dejó que se quitaran los zapatos y metieran los pies. Las carcajadas de los dos hermanos salpicando agua resonaron entre los pinos como la mejor música del mundo.

Rodrigo sacó el cuaderno azul y escribió: *El agua es fría y la risa es caliente. Hoy he aprendido que la felicidad tiene temperatura.*



Esa noche, de regreso del parque, sucedió algo mágico.

El cielo estaba más limpio que de costumbre. Sin nubes, sin niebla. Solo un telón oscuro sembrado de miles de puntos brillantes.

Rodrigo extendió una manta en el jardín de las mariposas y los cuatro se tumbaron boca arriba: él, Valeria, Alanis y Derick entre los dos.

"¿Qué es eso?" —preguntó Alanis señalando al cielo con su dedo pequeño.

"Son estrellas, mi amor." —respondió Rodrigo.

"¿Todas?" —preguntó Alanis, impresionada.

"Todas."

Hubo un silencio largo y precioso. Derick se quedó dormido casi de inmediato, porque los bebés tienen esa habilidad de rendirse sin pelea. Alanis seguía mirando el cielo con sus ojos muy abiertos.

"Papá... ¿el tío Mateo está en las estrellas?"

Rodrigo se quedó quieto. Valeria le apretó la mano.

"Sí, mi vida. Está en la más brillante de todas."

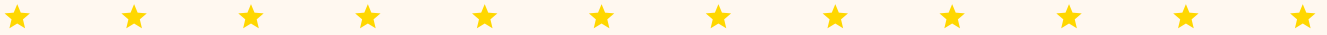
"¿Cuál es?"

Rodrigo señaló una estrella al azar. La más brillante que encontró.

"Esa." —dijo—. "Y nos está mirando."

Alanis la miró un buen rato. Luego levantó la mano y la saludó.

Rodrigo no pudo ver bien porque los ojos se le nublaron. Pero sonrió. Con todo el corazón, sonrió.



Un sábado lluvioso fue el origen de la construcción más importante de la historia.

No había manera de salir. La lluvia golpeaba las ventanas con insistencia. Alanis miraba por el cristal con cara de no entender cómo el cielo podía hacerle esto.

"Papá, ¿qué hacemos?" —preguntó, con el tono de alguien que espera una respuesta épica.

Rodrigo miró alrededor. Vio el sofá. Vio los cojines. Vio las sábanas del armario. Y tuvo una idea.

"Construimos un castillo."

Lo que siguió fue una hora de caos creativo glorioso. Alanis dirigía la obra con seriedad de arquitecta. Derick ayudaba arrastrando almohadas con entusiasmo total, aunque a veces en dirección contraria.

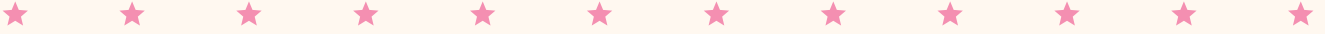
Valeria apareció con tazas de chocolate caliente justo cuando el castillo quedó terminado. Tenía torres de cojines, muros de sábanas y una entrada triunfal hecha con dos sillas y una manta morada.

Los cuatro se metieron dentro. Era pequeño e incómodo y perfecto.

"Este es nuestro castillo" —anunció Alanis con solemnidad—. "Solo pueden entrar papá, mamá, Dewick y yo. Y las mariposas."

Derick aplaudió con sus manazas. El castillo tembló pero resistió.

Esa tarde contaron historias, cantaron canciones y Rodrigo inventó un cuento sobre un dragón que en realidad era muy bueno y solo quería amigos. Alanis decidió que el dragón se llamaba Mati. A Rodrigo se le hizo un nudo en la garganta, pero del bueno.



No todos los días eran magia pura. Hubo días difíciles. Noches de llanto. Momentos en que la tristeza de Rodrigo volvía, silenciosa, como una marea.

Un aniversario de la muerte de Mateo, Rodrigo amaneció con ese peso familiar en el pecho. Intentó disimular, pero los niños notan todo.

Alanis, que ya tenía tres años y medio y una inteligencia emocional que dejaba boquiabiertos a todos los adultos de su alrededor, se acercó a él por la mañana.

"Papá, ¿estás triste?"

"Un poco, mi amor." —respondió Rodrigo, sin mentirle.

"¿Por el tío Mateo?"

"Sí."

Alanis se quedó pensando un momento. Luego trepó al sofá, se sentó al lado de su papá y puso su cabeza en su hombro. Así, sin más.

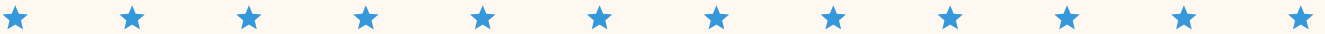
Derick, que todavía no entendía las palabras pero sí los gestos, vino corriendo y se acomodó al otro lado.

Rodrigo estuvo así un buen rato, con sus dos hijos pegados a él. Y lentamente, como siempre, la oscuridad fue cediendo paso a la luz.

"¿Sabes, Alanis? Después de cada tormenta viene un arcoíris." —dijo Rodrigo.

"Lo sé" —respondió Alanis—. "Tú y Dewick son mis arcoíris."

Rodrigo la abrazó tan fuerte que ella protestó entre risas. Y así fue como la tristeza se convirtió, sin borrarse, en algo que se podía cargar.



En el cuarto aniversario de la partida de Mateo, Rodrigo decidió hacer algo diferente.

Compró un arbolito. Era pequeño, apenas una ramita con hojas, pero tenía mucho futuro. Lo plantaron en el jardín de las mariposas, al lado de la rosa blanca.

Se llamaría el Árbol de los Recuerdos.

Cada año, en esa fecha, colgarían en sus ramas un papel con un recuerdo de Mateo. Cuando Alanis aprendió a escribir, ella misma haría su papel. Derick también.

El primer papel lo escribió Rodrigo: "Mateo me enseñó que los hermanos son el regalo más grande. Por eso tuve a estos dos."

Alanis pidió que le explicaran qué escribir en el suyo. Rodrigo le contó historias de Mateo durante toda la tarde: el de la bicicleta, el de la primera lluvia, el de la torta de cumpleaños que se cayó al suelo.

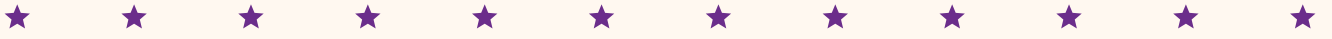
Alanis escuchó todo con los ojos muy abiertos. Luego dijo:

"Yo quiero que mi papel diga que el tío Mateo hizo que papá me quiera más."

Rodrigo tardó un momento en entenderlo. Luego lo entendió. Y tenía toda la razón.

El dolor por Mateo lo había abierto. Lo había vaciado. Y ese espacio vacío fue exactamente el que Alanis y Derick llenaron.

No hubiera cabido tanto amor si antes no hubiera habido tanto dolor.



14 La carta para el tío

Cuando Alanis tenía cinco años y Derick tres, Rodrigo les propuso algo especial una tarde de domingo.

"¿Y si le escribimos una carta al tío Mateo?"

Los dos niños se sentaron a la mesa del comedor con sus lápices de colores y sus hojas más bonitas. Alanis eligió una hoja rosa. Derick eligió una azul, porque azul era su color favorito de esa semana.

Alanis, que ya escribía letras grandes y redondas, fue la primera en terminar. Rodrigo la leyó en voz alta:

Querido tío Mateo: no te conozco pero papá me ha contado todo de ti. Él dice que eras muy bueno. Yo también soy muy buena, aunque a veces le quito los juguetes a Derick. Pero no siempre. Gracias por querer a papá. Yo le quiero mucho. Besos, Alanis. PD: ¿puedes mandarme una mariposa de vez en cuando?

Rodrigo tuvo que salir un momento al jardín.

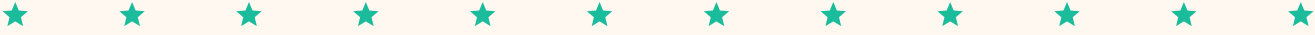
Derick dibujó en su carta un sol enorme, dos figuras que eran él y Alanis, y algo que según él era el tío Mateo en las estrellas. Era un garabato glorioso.

Por la tarde, fueron al jardín y doblaron las cartas como aviones de papel. Las lanzaron al cielo con todas sus fuerzas. El viento las llevó lejos, muy lejos.

"¿Llegará?" —preguntó Derick.



"Sí" —dijo Rodrigo—. "Seguro que sí."



15 El festival de las familias

El colegio de Alanis organizó un Festival de las Familias. Cada niño tenía que presentar algo sobre su familia. Podía ser un dibujo, una canción, un cuento.

Alanis llegó a casa con la hoja de la tarea y una expresión muy concentrada.

"Papá, quiero contar la historia de nuestra familia."

"¿Qué historia?" —preguntó Rodrigo.

"La historia de cómo llegué yo para que no estuvieras triste. Y luego llegó Derick."

Rodrigo la miró sin saber qué decir. ¿Cuándo le había contado eso? ¿O simplemente lo había sabido siempre, como saben los niños las cosas importantes sin que nadie se las explique?

Pasaron tres tardes preparando la presentación juntos. Alanis dibujó la historia en cartulinas de colores. En la primera, un hombre triste mirando las estrellas. En la segunda, un bebé llegando con una luz enorme. En la tercera, otro bebé. Y en la última, los cuatro juntos en el jardín de las mariposas.

El día del festival, Alanis salió al escenario con sus cartulinas y una seriedad de conferenciante. Miró al público. Encontró a Rodrigo. Le sonrió.

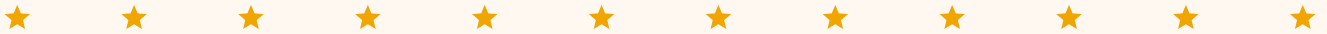
*"Mi papá estaba muy triste porque perdió a alguien que quería mucho."
—comenzó—. "Y entonces llegué yo. Y la tristeza no se fue, pero llegó
también la alegría. Y caben las dos juntas."*

Hubo silencio en el auditorio. Luego aplausos. Rodrigo aplaudió de pie, con los ojos brillantes, orgulloso de una manera que no tenía palabras.

Alanis bajó del escenario corriendo y se lanzó a sus brazos.

"¿Lo he hecho bien, papá?"

"Lo has hecho perfecto, mi amor. Perfectamente perfecto."





Epílogo — Para siempre juntos

Los años pasaron. El jardín de las mariposas creció. El árbol de los recuerdos se hizo alto y frondoso, y cada año sus ramas guardaban más papeles, más historias.

Alanis y Derick crecieron también. Pelearon, como pelean todos los hermanos. Se defendieron el uno al otro, como se defienden los hermanos verdaderos. Inventaron juegos. Compartieron secretos. Se robaron la manta en más de un campamento improvisado en el salón.

Y siempre, en los momentos importantes, estuvieron juntos.

Rodrigo guardó el cuaderno azul. Cuando se llenó, compró otro. Y otro más. Porque la historia de sus hijos merecía toda la tinta del mundo.

Valeria siguió siendo el centro que todo lo sostenía, el sol alrededor del cual todos giraban sin darse cuenta.

Y Mateo... Mateo siguió ahí. En el nombre que Alanis le puso al dragón de los cuentos. En la mariposa que aparecía en el jardín en los momentos más inesperados. En el ceño fruncido de Alanis cuando algo no le gustaba. En la risa grande de Derick que llenaba cualquier habitación.

Porque los que amamos nunca se van del todo. Se quedan en los que venimos después. Se quedan en las historias que contamos. Se quedan en los jardines que plantamos pensando en ellos.

Una noche, ya de adultos, Alanis y Derick se sentaron en el jardín de las mariposas bajo el mismo cielo estrellado de siempre.

"¿Sabes lo que me contó papá una vez?" —dijo Alanis—. "Que llegué justo cuando más me necesitaba."

"Lo sé" —respondió Derick—. "Me lo ha contado mil veces."

"¿Y a ti?" —preguntó Alanis.

"A mí me necesitaba para estar completo." —dijo Derick, mirando las estrellas—. "Eso también me lo ha dicho."

Alanis asintió. Señaló la estrella más brillante.

"Saluda al tío Mateo."

Los dos levantaron la mano al mismo tiempo.

Y en algún lugar entre las estrellas, alguien sonrió.

★ FIN ★

Nota de cierre

Esta historia está inspirada en la vida real: en un papá que conoció la pérdida y luego conoció el milagro. En una niña llamada Alanis que llegó a iluminar una oscuridad enorme. Y en un niño llamado Derick que llegó a completar la luz.

Para todos los que han sentido ese dolor que no tiene palabras y luego han recibido una alegría que tampoco cabe en palabras:

Los dos pueden vivir juntos. El amor y el dolor. La memoria y la esperanza.

A Alanis y Derick: gracias por existir.

